Olivo centenario //Pa
Centennial olive

Este viejo árbol y algunos más de la misma especie, crece cerca de la Alhambra. Al levante, no lejos de donde estuvo el palacio de Dar al-Arusa, en las llanuras que hay antes del Llanos de la Perdiz.

Tiene muchos, muchos años. Su tronco es retorcido, con muchas heridas, de negra corteza y ramas también destartaladas y algunas secas. Aun sigue dando aceitunas casi como en aquellos primeros años. Son de tamaño pequeño, muy redondas y que recogen los que en estos tiempos que gestionan la Alhambra y el territorio que le rodea. Extraen aceite estas aceitunas, como en tiempos pasados, menos de aquellas que se comen las palomas, zorzales y otras aves. La historia de este olivo, fue y es como a continuación describo:

Una mañana de primavera, hace ya muchos años, el rebaño de ovejas y cabras, pastaban por las tierras donde hoy crece el olivo. El hombre mayor, alto, de cuerpo recio, melenas y barbas largas, de buen carácter y decían que muy sabio, se acercó a este rebaño. El joven, no muy alto, de cuerpo delgado, tez morena, corazón también bueno, había recogido el rebaño hacia las partes altas. Al ver al hombre acercarse, como lo consideraba superior a él, dueño en parte del rebaño, sabio y recto, se paró. Dejó que el hombre se acercará y, como lo veía con intención de comunicarle algo, esperó. En cuanto estuvo a su lado, el hombre le dijo:
- Mis amigos, los que son dueños conmigo de estos animales, me han pedido que prescinda de ti.

Paralizados se quedó el joven y por eso no supo que decir. Luego Preguntó:
- ¿Por qué sus amigos quieren que usted prescinda de mi?
- Ellos piensan que no eres buen trabajador, que no cuidas bien de estos animales y que incluso, los maltratas cuando yo no estoy presente.
- Yo trato a sus animales mejor que si fueran míos. Y como usted ha podido ver, apenas descanso para tener siempre las cosas a punto y bien hechas.
- Pero mis amigos, no están contentos contigo. Tendré que hacerles caso a lo que ellos me dicen.

Por un momento, el joven se mantuvo en silencio. Miró al hombre que tenía cerca y luego le volvió a preguntar:
- ¿Y por qué usted cree en lo que le dicen sus amigos y no en lo que le digo yo?
- Eso pertenece a los secretos de mi corazón.
- ¿Sabe usted lo que le digo?
- ¿Qué es lo que pretendes decirme?
- Que no es bueno que usted confía más en lo que le dicen sus amigos que en lo que le digo yo.
- Es que ellos son importantes y tú eres muy poca cosa.
- Pues eso es lo quiero decirle: que usted no procede con nobleza humillándome a mí y ensalzando a sus amigos.
- ¿Por qué piensas eso?
- Porque yo creo que a quién hay que ayudar siempre, es a los desgraciados, pobres, inútiles y carentes de fortuna. Si usted procediera así, me salvaría y llenaría de dignidad en lugar de condenarme a más pobreza.

A estas últimas palabras, nada comentó el hombre. Miró durante un rato al rebaño de cabras y ovejas y luego se dirigió al joven anunciándole:
- Aunque tienes razón en lo que dices, creo en mis amigos y no en ti. Pero de todos modos, puedo darte una oportunidad.
Espero en el joven aquel hombre se explicará y al poco, oyó de éste:
- Búscate diez estacas de ramas de olivo, plántalas en estas tierras y si pasado el tiempo estos palos brotan, me convenceré de que lo que dices es mejor que lo que me dicen mis amigos.

Aquel mismo día, por la tarde, el joven plantó diez estacas de olivo. Solo unas semanas después, todas estas estacas, dieron brotes, crecieron al año siguiente y más crecieron al segundo y tercer año. Luego ya, cuando estos brotes eran casi olivos dieron aceitunas que el hombre dueño del rebaño, recogía cada invierno. Se olvidó por completo este hombre del joven y de lo que le había prometido.

El joven se refugió en una cueva por las laderas del río Darro y, unos años después, murió de frío y hambre. Por completo ignorado de todos. También años más tarde, murió el hombre dueño del rebaño y el tiempo continuó avanzando. Los olivos brotados de las estacas que había plantado el joven siguieron vivos y creciendo cada primavera un poco más. Algunos de estos árboles, pasado mucho tiempo, también murieron pero varios de ellos, resistieron al tiempo. Al levante de donde estuvo el palacio conocido con el nombre de Dar al-Arusa, en las tierras llanas que hay ahí, se pueden ver hoy en día. Viejos, muy viejos porque ya son centenarios aunque siguen dando aceitunas cada año.

Ninguna de las personas que recogen los frutos de estos olivos ni tampoco aquellas que por aquí pasan, conocen esta historia. Pero así fueron y son las cosas y Dios, de alguna manera, parece que quiere conservar la memoria, de unos sí y de otros no.